

**Tiene veintiocho años y aún es virgen
femineidad y estereotipo de la mujer sin pareja***

María Emilia Yanaylle García¹

Te ando buscando amor, que nunca llegas
te ando buscando amor que te mezquinas
me aguzo por saber si me adivinas,
me doblo por saber si te me entregas.

"El Divino Amor"

Alfonsina Storni²

El interés:

¿Por qué las cosas deben ser así?

Estaba en una biblioteca universitaria de provincia, revisando materiales cuando una conversación entre jóvenes de 20 a 25 años llamó mi atención. Hablaban sobre las presiones familiares que soportaban en sus hogares por no haberse casado "aún". El diálogo comenzó cuando una de ellas contó que en una reunión familiar sus hermanos le dijeron: "esta vieja no se casa". El recuerdo del evento dio pie para que cada una diera su versión sobre ciertas creencias caseras para dejar de estar solteras: me siento en la esquina de la mesa y me advierten: "te vas a casar con un viejo", pero también me dicen lo contrario: "siéntate en la esquina que te vas a casar más rápido"; total, no sé que pensar. Mis amigos nos dicen: "rudita les voy a echar para año nuevo".

* 1996 Tiene 28 años y aún es virgen. Femineidad y estereotipo de la mujer sin pareja. En: Ruiz Bravo, Patricia (ed.) *Detrás de la puerta: hombres y mujeres en el Perú de hoy*. 73-90 p. PUCP. Lima.

¹ Agradezco a la familia Camarera Barzola de El Tambo por la cálida acogida que me brindó durante mi permanencia en Huancayo. Ellos supieron respetar mi tiempo y mi espacio. Ahí sistematicé gran parte del presente trabajo. Una versión preliminar de este texto salió en la Revista *Aportes*, N°4, Huancayo, 1995.

² Fue una poetisa que buscó el amor con desesperación, su poesía expresa ese deseo anhelante de ser amada, pero que no llega a suceder. Finalmente ella se suicida ahogándose en el mar. *Aportes*, Huancayo, mayo, 1995, pág. 60.

Las amigas concluyeron la conversación, expresando desaliento sobre su futuro de solteras: "qué triste será nuestra vida". Las jóvenes no pasaban los veinticinco años.

Diálogos similares son frecuentes tanto en el medio urbano popular limeño como en el provinciano, aunque la forma en la que se expresan puedan ser diferentes. Con anterioridad a estos diálogos, tenía ordenados algunos datos empíricos sobre el asunto,³ que ahora expongo.

Cuando era niña, mis tíos contaban, con cierta picardía, la forma en que se casaban en determinados pueblos serranos. Entonces, mi interés estaba centrado en ayudar a mi mamá o en jugar, pero esos comentarios quedaron grabados en mi memoria. Es el caso, por ejemplo, del matrimonio en Andamarca, donde la novia es la última en descubrir que se ha acordado su boda. Se entera cuando el trato ha culminado y sorpresivamente se encuentra frente a frente con el novio, en un cuarto discretamente preparado para tal efecto. Un estudioso de estas comunidades, nos dice que hubo casos en los que se denunció al novio ante la policía por intento de violación, pero lo común era que la joven aceptara resignadamente la decisión de sus padres⁴.

Estas experiencias nos ponen al tanto de cómo la institución matrimonial en la que deben confluir dos voluntades, está determinada por el interés colectivo más que por el individual. En esta sociedad el individuo vale poco fuera de los lazos de parentesco y sólo es plenamente reconocido en tanto forma parte de una relación de pareja que genera una familia nuclear. El hombre o la mujer que no tienen pareja son considerados seres incompletos, y no tener hijos es considerado como una desgracia que hace del desdichado un adulto limitado.

Si actualmente ya no se procede de ese modo, hay formas y reglas sociales no escritas, pero que forman parte de lo que suponemos "debe ser así" y no de otro modo. Estas condiciones cumplen la función de normar nuestros comportamientos limitando nuestras libres decisiones y el desarrollo de nuestra individualidad, sobre todo si somos mujeres.

³ Agradezco a Florencia Sarapura Caso por compartir la inquietud de llevar a cabo este trabajo. Con ella hemos seleccionado y comentado parte del material que aquí se expone.

⁴ Ossio, A. Juan: *Parentesco, Reciprocidad y Jerarquía en los Andes. Una aproximación a la organización social de la comunidad de Andamarca*. Fondo Editorial P.U.C. Lima, 1992.

El sociólogo y el actor: encuentro en el diálogo

Vivimos en un mundo diverso, donde se distinguen y se reconocen, felizmente, las peculiaridades de los individuos. Esta legitimidad de las diferencias nos permite una mejor comprensión de nuestra realidad, que no se agota en la clase social, o en la economía, o con las circunstancias que presionan nuestras vidas. Esta complejidad requiere de formas creativas de acercarse a lo social. Significa adentrarse en la sensibilidad y creencias de las personas. "La gente estudiada por el sociólogo tiene sus propias concepciones de lo que hace... el científico social debe extraer su interpretación de los actores mismos".⁵ Una forma más amplia de abordar las manifestaciones opresivas de nuestra cultura significa una vía para no seguir viéndonos únicamente como víctimas, encerrándonos en el dolor y la frustración que lleva a encontrar "culpables" o chivos expiatorios, olvidando que reforzamos con la actitud de víctima rencorosa esa situación que es entonces usada en "provecho propio" como una forma de arrebatar la atención de los otros. Al sumirnos en la queja y el sufrimiento profundizamos el desencuentro con nosotros mismos, y con los otros. Sufrimiento que es real pero que fomentamos al identificarnos con el estereotipo de la víctima.

El interés por reflexionar y comprender las exigencias que se imponen a la mujer soltera o sin pareja, sea joven o no, se inicia como una necesidad de encontrar respuestas a la situación de sufrimiento, a los conflictos y angustias que por dichas exigencias experimenta la mujer. El diálogo es importante, ya que las acciones, pasiones o estados del alma, no siempre se expresan en datos sensibles -lo que no quiere decir que no existan-. El hombre usa el lenguaje y sólo comunicándonos podemos abordar la subjetividad e interioridad de los actores.⁶

El resultado de esta reflexión me ha permitido reconstruir una imagen de la mujer soltera.⁷

⁵ Fenichel, Hanna. *Wittgenstein: El lenguaje, la política y la justicia*. Centro de Estudios Constituciones, Madrid, 1984, págs. 353-357.

⁶ Schutz, Alfred. *Fenomenología del mundo social*. Monteagudo, Cecilia. *La subjetividad en las ciencias humanas*, en Cuadernos de Investigación PUC, 1994.

⁷ Fenichel, Ob. Cit., págs. 352.

La imposición de la regla social: ¡estás en edad de casarte!

Durante muchos siglos, las mujeres hemos ocupado un lugar en la sociedad como un elemento de reproducción que asegura la continuidad de la especie. Un hecho biológico ha determinado nuestro lugar en el mundo, en las relaciones familiares, en la pareja, en la consideración social y en la valoración de nosotras mismas. Hoy día a las mujeres no nos satisface ese único papel, tenemos otras potencialidades no exploradas, ni desarrolladas que están inhibidas o castradas. Paradójicamente, somos las mujeres las que hemos contribuido a perpetuar las imágenes arquetípicas de la madre, con las que reforzamos el conservadurismo de la maternidad.⁸

El papel que nos obligan a desempeñar, está basado en el patriarcalismo, un sistema familiar y social, ideológico y político con el que los hombres, a través de la fuerza, la presión directa, los rituales, la tradición, la ley, el lenguaje, las costumbres, la etiqueta, la educación y la división del trabajo, determinan el papel que las mujeres debemos interpretar.⁹ No se trata de una denuncia contra el hombre si no contra el orden instituido contra la jerarquización y la conciencia de desigualdad.

Freud desde el psicoanálisis, con las limitaciones de su tiempo y marcado por su época construyó del varón una estatua sólida. Con los ojos puestos en la sublimación de la mujer en cambio construyó una estatua de maternidad-fecundidad que paliara su "angustia" por la envidia del pene masculino. La vio callar en presencia del hombre y dedujo su incapacidad de sublimación intelectual. La vio servir al varón y la concibió masoquista, en otras palabras imbécil. Como sostiene Christiane Olivier: "esta es una imagen que no nos conviene a las mujeres actuales: se es madre transitoriamente y ya no ineluctablemente, pero en cambio se es mujer en forma perdurable sin confundir ambos aspectos de nuestras personas."¹⁰

⁸ Rich, Adrienne: *Nacida de Mujer*, De. Noguera, 1978, pág. 63.

⁹ Rich, Ob. Cit., pág. 38.

¹⁰ Olivier, Christiane, *Los hijos de Yocasta*, F.C.E., México 1984, pág. 18.

Ser madre no siempre es algo hermoso y satisfactorio. Sin embargo, a la mujer se la convence que debe sentir lo que se prescribe, de otro modo no sería una buena madre o una verdadera mujer. Gracias a que algunas mujeres han expresado con franqueza y valentía sus sentimientos, ahora podemos leer:

"Nada pudo prepararme para asumir la idea de que yo misma era una madre de progenitores impuestos cuando supe que yo misma estaba sin formar -tenía entonces 26 años- nada me había preparado para la intensa relación que me unía con la criatura que llevé en el cuerpo y que ahora sostenía en mis brazos y la crianza, a relajarme a remedar la serenidad de las madonnas. Nadie menciona las crisis físicas que sobreviene con la concepción del primer hijo..."¹¹

A la mujer se la adoctrina también en el sentido de que debe poseer sensibilidad, emotividad, afectividad y capacidad de relación interpersonal.¹² Así, a fuerza de escuchar el estereotipo femenino, la mujer termina comportándose según lo esperado, acaba por adquirir los rasgos que se le atribuyen insistentemente, como si realmente los poseyera.¹³

A la mujer se le enseña desde niña a controlar su temperamento, porque será necesario cuando en el futuro sea madre. Por eso las mujeres se sienten culpables por sus explosiones de furia, como si lo que ocurriera a su alrededor les fuera ajeno. Se la convence que el amor materno y la cólera son incompatibles y que no puede gobernar a un hijo, si ella misma no sabe gobernarse a sí misma. "Debe aprender a controlarse, a someter sus propias pasiones, debe ser ejemplo de docilidad y ecuanimidad". Pero, el peso físico y psíquico de la responsabilidad para con los hijos, es demasiado fuerte. El hombre que trabaja puede odiar o temer a su jefe, detestar su tarea, soñar. Con una revuelta o con un ascenso a jefe. En la mujer con hijos estos sentimientos son más complicados. El amor y la furia pueden darse al mismo tiempo, según las condiciones de la maternidad. El sufrimiento por todo lo que no podemos hacer por

¹¹ Rich, Ob. Cit., pág. 59.

¹² Escarti, Amparo-Misitu, Gonzalo-Gracia, Enrique: *Estereotipos sexuales y roles sociales*. En: *Nuevas perspectivas en el desarrollo de sexo y género*. Fernández, Juan (Coord.) Edit. Pirámide, Madrid, 1988, pág. 205.

¹³ Escarti, Misitu, Gracia, ob. cit., pág. 212.

nuestros hijos, en una sociedad insensible para responder a las necesidades humanas, puede convertirse en culpa o autocastigo.¹⁴

En algunos casos extremos, no es raro el infanticidio o la violencia física con los hijos.¹⁵ Por lo general, la mujer no está preparada para ser madre. Más aún, cuando es joven y se la presiona para que acepte un destino que se considera natural y que representa una alternativa de realización negándole así el derecho de tomar su propia decisión. El primer paso de este camino, es lograr un marido, un engendrador. En ocasiones, es la misma familia la que, por evadir la responsabilidad con sus hijas adolescentes, debido a sus limitados recursos, insinúa un emparejamiento temprano.

"Ahorita, yo prefiero que mis hijas se vayan, que las mantenga el marido, que ellos las vean, por que son tantos (mis hijos)", dice una vendedora ambulante de 40 años.

Similares actitudes se encuentran en padres que no entienden el inquieto despertar de la adolescencia de sus hijas o el natural interés por el otro sexo: "Ay, ojalá, que esta chica ¡me da no se qué! ojalá que termine bien su secundaria y se case pues, si no quiere estudiar, yo no quiero estar viéndola así, me enferma", dice una ama de casa de 42 años. Ante el temor de un embarazo no deseado, induce a la hija a un compromiso formal o no, pero de carácter permanente, sin tomar en cuenta la madurez emocional de la joven.

Aun en situaciones que no son tan apremiantes económicamente, la mujer es instruida a tener pareja y, consecuentemente, a ser madre:

"Me dijeron. 'Te casas o trabajas'; me quedé pensando, pero después concluí que cada una se conduce como quiera. ¿Por qué se va imponer la familia? Sí, incomoda, son presiones que se siente, como que están al tanto de todo. '¿Qué- estás en edad de casarte?' La acosan porque una tiene edad madura. Piensan que una va a vestir santos". Tiene 37 años y es profesora universitaria.

Esta suerte de vigilancia sobre el aparejamiento de la mujer es constante. Se trata de buscar un dueño de quién dependa económicamente, disfrazando a veces esta pretensión bajo el supuesto interés de extender los lazos de parentesco.

¹⁴ Rich, Andrine, ob. cit., pág. 205.

"La misma familia le dice: ¿Por qué no traes a tu enamorado?, ¿cuándo te vas a casar! ya tienes 26 años. Ya estás avanzadita, tú no tienes perdón, si no te casas dentro de uno o dos años. Yo les respondí: Si, tal vez, para más adelante, pero no tan fastidiada; en tres años que pase sí estaría fastidiada que me vuelvan a decir, ahí sí (Estela, 26 años, comerciante).

El que le estén recordando a la mujer su soltería, le hace pensar en la necesidad de una pareja, así lo siente la entrevistada: "Sí, un poco, siempre te queda la idea que te comente uno, que te pregunte otro. Sí, te queda la idea".

Las interacciones sociales y las presiones sociales: "¿tú sigues sola, no?"

Como si hubiera una regla que fijara la edad para casarse o aparejarse, se insta entonces, a las "avanzaditas" o de "edad madura" a no quedarse como una "mujer sin remedio". Estela no se considera madura, pero sí avanzadita en tres años; tendría que aparejarse, si no quiere sentirse acosada por su soltería. La familia estará vigilante de que así sea.

Las jóvenes moldeadas bajo el estereotipo de la "mujer madre" que se resistan a ello, sentirían culpa y remordimiento por no tener hijos a la edad de 20 a 25 años. Personas mayores les dirán que después de esa edad no van a disfrutar de sus hijos, que no les van a dar sus mejores años, que son egoístas al pensar sólo en ellas. Bajo esta presión, cargarán con una honda insatisfacción o con la angustia de quedarse "solas", por "su edad". Otras tendrán que ceder a los requerimientos de algún aspirante a marido. Pensando que "más importante es ser madre" desecharán algún proyecto de desarrollo más independiente.

La presión social cobra inevitablemente fuerza afirmativa, puesto que así se reproducen las normas de la sociedad. Lo que no puede alcanzarse mediante la presión exterior, se obtiene por la presión interior (la de conciencia).¹⁶ La mujer siente

¹⁵ Ver Rodríguez Rabanal, César: *Cicatrices de la pobreza*. Nueva Sociedad, Caracas, 1989; Pimentel, Carmen: *Familia y violencia en la barriada*, TIPACOM, Lima, 1988.

¹⁶ Marcuse Herbert: *Para una teoría crítica de la sociedad*. De. Tiempo Nuevo, Caracas, 1969, págs. 110.

como normal la presión de la sociedad. Pero; esto no se da automáticamente: Hay una pugna entre el "Yo personal" y la presión social que trata de imponer la regla social.

La familia y los amigos, les insinúan a la mujer soltera que debe aparejarse:

"Estaba hablando con Carmen, que tiene su compañero. Ella me dice: ¿Tu sigues sola, no?.

- Sí, le digo ¿Por qué, ah? YA SABIA LO QUE ME IBA -No, no -le dije-donde no nace, no crece". Ella es una cosmetóloga de 27 años.

"Me dicen. ¿Porqué sigues sola?, si tienes todo, eres joven, tienes trabajo, estudias ¿Por qué no tienes novio? ¿Por qué no te casas? ¿Qué sucede? Yo me sentí mal, porque no salía con nadie. Cuando Pepe (mi ex-enamorado) venía acá y la gente lo veía, yo pensaba: la gente me está viendo que salgo con alguien". Ella es profesora de educación inicial, tiene 29 años.

"Cuando uno está sola, yo siempre he andado sola, mis amigas se alegran cuando me ven con alguien, como que alguien me va a respaldar. Me dicen: ¿El, él?". Ella es estudiante y tiene 28 años.

Generalmente, las mujeres mayores de 20 años se sienten cuestionadas cuando se alude a su soltería: "el qué dirá la gente", es mortificante. Aún cuando se trabaje y estudie, la soltería es vista como una falta de respaldo.

La que no cumpla la regla "normal" será vista como sospechosa. ¿Por qué no te casas? ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? Tales las preguntas que acosan a la mujer que no acepta la convención social del aparejamiento.

Algunas mujeres ya aparejadas creen tener la obligación de buscar pareja para la amiga que "aún" no la tiene. El sentido de estas opiniones no es sugerir una experiencia amorosa placentera, sino el de tener un dueño, que es como se imagina la relación de pareja. Donde más siente esta presión la mujer sin pareja es en las reuniones sociales:

"Cuando estaba con René (mi ex-enamorado) me parecía mal que él me represente y cuando estaba con Pedro, me decía ojalá se imaginen que es mi enamorado, para que

no molesten. El hecho es que constituye una representatividad, algo que te defiende... Cierta vez, Carlos me agarró y me llevó afuera y me dijo que quería estar conmigo. Le dije que no me gustaba, yo estaba sola. Carlos me dijo: todas tienen su pareja y me dio rabia". Ella es una estudiante de 20 años.

"Pero, ¡que barbaridad!, como si una tuviera que andar con un hombre para hacerse respetar... como si una necesitara de alguien que nos represente. Cuando te ven sola, es como si fueras una presa o algo así... Si tienes alguien, entonces ¿quieto no?. Más respeto, hombre, tiene que ser. Ni mamá, ni hermana; hermano quizá, pero si es enamorado o esposo mejor todavía. Yo sentía un poco de envidia cuando iban con sus enamorados. ¿Qué bonito se ve, no? Se ve algo así como si estuvieran completas. ¡Verdad! A veces es difícil una misma hacerse respetar, porque los hombres de acá creen que si estás sola, estás en vitrina, eres vacante".

En un primer momento, mostrarse con una pareja es una situación conflictiva, ya que el enamorado es quien la representa y no ella misma. En un segundo momento, siente la necesidad de hacerse notar como mujer con pareja, evitando el asedio de otros hombres. La entrevistada recuerda que Carlos le dijo, en una fiesta, que todas las jóvenes tenían pareja, lo que traduce como que todas estaban completas y ella no. Carlos, le ofrecía el servicio de completar su persona. Ella se resistió a esta regla, ya que además Carlos no era de su simpatía. Sin embargo se sintió disminuida y tuvo cólera como resultado de su impotencia.

El segundo caso se parece al primero, aunque la diferencia de edad es notoria (20-30). Estar acompañada en una reunión social previene el asedio masculino, ya no se está vacante ni en vitrina. El acompañante tiene que ser necesariamente un hombre, enamorado o esposo. Estar acompañada de otra mujer no tendría sentido, ya que ambas serían incompletas y estarían en la misma situación. De ahí el deseo de estar protegida por un hombre, completa como otras. En algunos trabajos típicamente femeninos, en que

la mujer está bajo la jerarquía del varón: las secretarias, el personal subalterno femenino paramédico, etc., las solteras que no desean ser asediadas sexualmente tratan de ocultar "su vulnerabilidad" a los ojos de sus jefes haciendo ver o diciendo que están de novias o que tienen un romance', aunque eso no sea real.

Existen situaciones cotidianas, en que la mujer soltera no puede hacerse valer por ella misma, sobre todo en contextos urbanos, marcados por la pobreza y la violencia:

"Mira, aquí en el barrio, hay demasiada gente mala y malcriada que no respeta. Entonces tú tienes que ponerte igual. En ese momento, cuando me hablan mal, yo quisiera ser hombre para tener un poco más de fuerza y enfrentarme. Si en ese momento fuera hombre, ¡huy! qué haría, lo patearía. Pienso que tendría más fuerza, no sería DÉBIL. Por eso, creo que el hombre es indispensable, al menos en este barrio".

" Acá te molestan, que no tienes compromiso, que me gustas, que tú vas a ser mía. A mí me dan ganas de agarrarlo y destrozarlo".

"Cuando vengo caminando, ¿qué no me dicen los hombres? Yo, lo único que hago es voltearme y mandarlos a la mierda, a veces no les hago caso".

Estos testimonios demuestran, la prepotencia del macho ante la mujer sin pareja. La mujer siente la necesidad de protección y defensa del varón. Sin él se siente una impotente. Fusionarse con un hombre sería una forma de tener poder y fuerza, dejar de ser débil. No es raro por esto que las mujeres se aparejen y lleguen a ser madres a una edad temprana. Por otro lado, se crea una imagen dual del varón entre agresivo y protector, lo que se traduce en las relaciones conflictivas que se dan en muchas parejas en este contexto social y quizá también en otros contextos sociales.

En resumen, las circunstancias que rodean a las mujeres sin pareja las empujan a buscar un hombre. bien sea para complementarse como mujer, para tener seguridad, respaldo y representatividad como también para defenderse ante el posible maltrato o asedio de otros hombres.

**La importancia del macho:
"el soltero codiciado".**

La mujer que tiene un hombre, con hijos o sin ellos, es vista con cierta envidia por las que no lo tienen: "Fuimos a visitar a una amiga y nos abrió la puerta un hombre feo; cuando nos enteramos que era su esposo, ya no lo miramos mal, como un hombre feo... sino como el amor. Le envidiamos a mi amiga, por tener un compañero, mientras nosotras estábamos solas".

Un hombre se hace codiciado en tanto que es potencialmente alguien que pueda completar a la mujer, que la pueda librar de la situación de mujer soltera y de la "soledad".

Un hombre soltero y sin pareja es un "soltero deseado", "un soltero codiciado". Esta valoración se contrapone a la de mujer soltera: incompleta, débil, sin representatividad. Cuando una mujer soltera (puede ser con hijos) encuentra un hombre con quien aparejarse, siente que asegura su situación. Los que la rodean refuerzan esta valoración. Las siguientes expresiones son muy frecuentes: "¡Ah!, bueno pues, ya tienes un hombre, ya no te van a estar maltratando, ninguniando. El te hará respetar, ya tendrás un apoyo".

Muchas no quieren perder ese apoyo y seguridad aunque sea precario, que les brinda la pareja. Los consejos paternos van generalmente en ese sentido: "Si tu marido te engaña, qué vas hacer pues, hijita. Hazte la tonta, total es tu marido".

Otras madres les insinúan a sus hijas la necesidad de aparejarse para garantizar su futuro, para tener seguridad y protección: "Hija, me preocupa, ¿qué será de tu vida, mañana'? Yo me voy a morir tranquila, cuando te vea en compañía de un hombre, así te sentirás protegida". Otro razonamiento que refuerza esa demanda es que: "la casa la respetan cuando hay un hombre en casa".

Los prejuicios: machonas o en vitrina

La convención que fija una cierta edad para tener pareja, induce a la mujer a buscar su hombre. Pasado ese tiempo la mujer será solterona "sin remedio". El término solterona cobra el valor de un estigma. Según es la regla, pasada cierta edad la mujer deja de ser bella, apetecible, deseable a los ojos de los hombres. Se lanzan presunciones nada halagadoras que alentan contra la autoestima y dignidad personal de las mujeres.

"Pienso que me he casado a buena edad, no soy una persona vieja. Pero acá, se tiene otra idea. 'Ya te van a salir arañas', comienzan a fastidiarte: 'No sale la mercadería' , dicen: '*cuando las chicas son solteras y pasan los treinta años se las considera machonas o estan en vitrina*' ... que las solteronas no tienen remedio, que están

siempre en busca de algo, desesperadas". Socióloga casada hoy con alemán y residente en Costa Rica.

Los prejuicios sobre las mujeres solteras abundan. Las personas piensan dos cosas: "que como mujer no sirves para eso o que eres media rara, tal vez". Gerente, 34 años.

"Yo conozco a varias chicas mayores de treinta años, a quienes les gustan los muchachos, pero que no por estar solas, se van a agarrar al primero que se les aparece".

"Los hombres, creen eso, creen que, porque una es mayor y está sola, se va arrimar a cualquiera,..".

Los estereotipos sexuales reflejan las creencias populares que existen sobre la actividad, rol y rasgos físicos que caracterizan y distinguen a los hombres de las mujeres. Las mujeres fuertes e independientes son clasificadas como curiosidades de la naturaleza, son seres asexuados, frígidos, castrantes, perversos y peligrosos, raros. La preferencia va por la mujer dependiente, maleable, "femenina".¹⁷ La mujer que se comporta "sexualmente como tal".

Si bien la edad no se opone al gusto de agrandar al otro sexo, se hacen fantasías sobre la mujer soltera. De un lado se tiene la idea de que es "machona ", "media rara", que no sirve para pareja, que no es suficientemente femenina. Del otro se creen que son mujeres que están desesperadas, que están buscando marido y que son susceptibles de unirse a cualquier hombre.¹⁸ Ello explicaría el asedio implacable a la mujer sin pareja y la desconfianza de las mujeres con pareja, quienes las ven como un peligro por ese motivo.

De una mujer soltera, después de los treinta se duda de su doncelléz. Puede ser soltera, pero que sea virgen es increíble y hasta causa gracia o es motivo de bromas. Por eso, cuando se aproximan a esa edad, tratan de establecer una relación de pareja:

¹⁷ Rich, Andrine, Ob. Cit., pág. 72.

¹⁸ En cierta reunión, un hombre porfiaba en enamorar a una mujer que había ido sola. Aunque se le había dicho que era casada y amiga de familia, él continuaba acosándola. Al día siguiente de la reunión, se le interrogó por qué procedía así y respondió que había que tantear, quizá salía algo. No creyó que era casada porque estaba sola en la reunión.

-"Yo tengo que casarme, con veintiocho años no me van a creer que soy virgen"-¹⁹. Los títulos de ciertas películas las dejan incómodas y sobresaltadas. Por ejemplo, este título, de una película que se exhibió durante mucho tiempo en los cines populosos: "Tiene 17 años y aún es virgen". Se asume que el ejercicio de la sexualidad genital es un hecho necesario, sería raro que no fuera así. Ciertas opiniones del campo feminista que remarcan la sexualidad de la mujer, quizá corroboran, sin querer, en este sentido. Aunque ésta sea una respuesta a la represión sexual femenina. Cierta prensa trafica con esta idea común: la mujer es mujer porque se comporta sexualmente como tal.

Muchos vehículos de transporte público lucen en sus vidrios etiquetas que hacen referencia a la angustiada castidad de la mujer: "La virginidad da cáncer, ¡vacúnesel!".

Fromm diferencia los instintos de auto-conservación de los sexuales. Los primeros, dice, son imperiosos; los segundos, son postergables, pueden ser reprimidos, sublimados o satisfechos mediante la fantasía, sustituidos por otros placeres más fáciles de satisfacer, o sea, que pueden adaptarse a las posibilidades reales de satisfacción existente. Únicamente los individuos neuróticos encuentran perturbaciones en esta posibilidad de adaptación.²⁰ Lo que no niega la natural inclinación al placer sexual de la mujer, que debe darse según la decisión personal y no por la presión social. Por otro lado, Freud reconoció públicamente que se sabía poco de la vida sexual de la niña y que la vida sexual de la mujer era todavía un continente negro para la psicología.²¹

De acuerdo con el sentido común, una mujer de 28 años debe estar casada o tener un hijo pudiendo ser madre soltera o no. Para muchos, es difícil creer que una mujer a esa edad no haya tenido una experiencia sexual y que no esté deseosa de tenerla. De ahí el interés de muchos hombres de acosar a las mujeres solteras, a quienes suponen fáciles para una relación sexual. Pues no tienen nada que perder y, más bien, estarán agradecidos por "el favor". Algunas mujeres solteras que han pasado por esta experiencia, están prevenidas y cuando les preguntan por su estado civil y quieren seguir manteniéndose al margen de una relación de pareja, responden que están de

¹⁹ La virginidad le sirve a la mujer para "demostrar" que es de su casa, que es honesta. De esta valoración, se sirve para negociar a su favor en la relación de pareja. Si no es virgen, será el hombre el que enrostre su ligereza, o que no haya conservado su virginidad para él.

²⁰ Caparrós, Antonio. *El carácter social según Erich Fromm*. De. Sigüeme, Salamanca, 1975.

²¹ Olivier, Christine. Ob. Cit. pág. 49.

novias o que tienen compromiso. De ese modo, se evitan situaciones enojosas, como ser colocadas en “vitrina” o estar “vacante”.

El ritualismo femenino: El matrimonio como meta

Las mujeres que optan por el matrimonio temprano o cuya máxima aspiración es casarse, supeditan su desarrollo al poder masculino, que además es el más inmediato y “fácil” de compartir. Y, como los pueblos dominados, aprenden a manipular, a seducir y a apropiarse de la voluntad masculina con el sentimentalismo y mitificación. Ellas dicen: “El matrimonio es una meta, es un sueño; soñamos con el príncipe azul; si no lo tenemos, pensamos que somos capaces de ser suficientemente femeninas, no somos atractivas...”.

Generalmente, estar enamorado se considera estar embrujado y fascinado. El enamoramiento se asocia con la debilidad; sin embargo, se “presiona a la mujer y no se le aconseja par que, con paciencia, elija a su pareja antes de casarse”.

Elegir el matrimonio o tener pareja es lo ordinario, lo que siempre han hecho las mujeres. La regla fija, una edad y un modo de ser mujer. Difícilmente se puede evitar los factores socio psicológicos y estructurales que limitan el desarrollo y logro de la mujer, sus expectativas de éxito, su temor al fracaso, su confianza en sí misma y el establecimiento de metas.²² Según la ortodoxia freudiana, lograr la femineidad “normal” es algo que tiene severos costos para la mujer.²³

Signos de cambio: “¿que mis hijas crezcan con otra mentalidad?”

²² Ragúz, María P. *Diferencias sexuales y estereotipos de rol*. Separata, Curso Roles Sexuales, PUCP, abril, 1992.

²³ Rubin Gayle. *Notas sobre la economía política del sexo*. Nueva Antropología, N° 30, México, 1990.

Las mujeres que van contra la corriente, saben la situación que les deparará el matrimonio prematuro: “Si me hubiera casado joven, como mi mamá me enseñó, que hay que respetar al esposo, entonces yo hubiera terminado planchando, cocinando, que viene el esposo, lavando. No hubiera tenido tiempo, para nada. Tengo un hijo hombre, quiero tener una hija mujercita y él dice que dos no son nada y quiere tener otro más”.

“Entonces, una se llena de hijos. Quizá me hubiera pasado eso, hubiera sido un fracaso, me hubiera quedado con hijos, mal casada o mal aparejada. Me hubiera tenido que dedicar a cualquier tipo de trabajo, para sacar adelante a mis hijos”. Ella es una profesora de Educación Inicial de 37 años.

Algunas que han superado esta convención social, desean educar a sus hijos de modo distinto a como ellas fueron educadas. “Que mis hijas crezcan con la mentalidad de ser independientes... que lleguen a tener un criterio amplio, para ver las cosas con otra mentalidad”. Otras mujeres que siguieron la norma social de aparejamiento, posponiendo la realización y el desarrollo de sus otras potencialidades, aleccionadas por la experiencia, aconsejan a sus hijas: “Derepente está en tu destino que te cases o no, pero si tienes una profesión y te realizas, no hay ningún problema”. Ella es una ama de casa de 50 años.

Esta mentalidad comienza a tener fuerza en determinados contextos sociales pero la regla social que venimos analizando es la que más predomina en el medio.

**Para ser completa:
“... me falta un amor”**

Para el hombre tener una pareja es un requisito de virilidad, significa que es macho o potente. Para mostrar su masculinidad, debe embarazar a la mujer lo que además le permite prolongarse en el hijo.

La masculinidad se demuestra siendo "activo", de ahí la actitud compulsiva hacia el sexo. En cambio, para la mujer tener una pareja es completar su feminidad y su valor personal. Su ideal es ser madre y esposa. La relación de pareja se confunde con la dependencia emocional, social y, en algunos casos también económica. En la búsqueda de la pareja, el amor puede estar implícito, pero muchas veces no es el

requisito mayor. Lo importante es completar la imagen de femineidad. En este caso, la socialización ha marcado a las mujeres. La necesidad de la pareja, la búsqueda de unión, ya sea abierta o disfrazada, es su designio y una forma de completar lo que le falta.

Esta carencia merma, su autoestima, su seguridad personal. No faltan mujeres que, habiendo conseguido algunos bienes materiales, pregonan desinhibidamente: "Tengo casa y carro, lo que me falta es amor".

**La sierva se consuela:
"¿Qué nos queda, a nosotras?"**

En una cultura que sobrevalora al varón, en desmedro de la estima femenina, no son raras las situaciones como la que se describe a continuación: Elena es una Asistente Social, de 40 años. Ella habla de Luisa, una nutricionista de 38 años. Elena es separada y Luisa es soltera. Ambas tienen cada una un amante. "Ella (Luisa) ha vivido esa etapa y la está viviendo nuevamente o sea ella ha estado con un hombre casado, bien enamorada de ese hombre, él ya la dejó. Ahora está nuevamente con otro hombre casado. El hombre con quien antes estuvo es como Richard (amante actual de Elena) mentiroso, cínico, mujeriego, le gusta tomar".

"Luisa me dice que si no hubiera conocido al de ahora, seguiría con el porque al menos me quiere, yo le quiero, peor es que se quede sola metida en mi casa. Y ese hombre incluso le quitó cartera, le sacó su plata, en otra fecha le dio su sueldo para que lo guarde y él no apareció como dos meses. A pesar de eso ella dice: "¡Yo seguiría con él, que nos queda a nosotras!"

"Y verdad ya no estamos como las chiquillas que tienen más oportunidades. Por otra parte es cosa de un par de años más, que nos queda a nosotras después ya vamos a pasar a la historia, y nadie nos va a enamorar por la misma edad que tenemos... Pero yo digo: ¿Así vale la pena vivir? Tampoco es bueno, pero, ¿que hago también quedándome sola sin que nadie me quiera?"

La autovaloración personal está siempre en función del afecto que se obtenga del varón, aún a costa de posponerse o de prestarse a ser utilizada. Se trata de la búsqueda desesperada de afecto, de alguien que se siente sola, de alguien que construyó su seguridad y autoestima en lo que el otro le pueda brindar, no en lo que

ella pueda ser. Son modelos frustrados de femineidad que se impone a la mujer. El problema radica en que ella misma siente que carece de algo y se valora en relación a lo que cree no tener. Son víctimas que tratan de consolarse, convenciéndose de que esa es la situación que les corresponde, aunque no logren la tranquilidad interior ("Pero yo digo: ¿Así vale la pena vivir?") A diferencia de estas mujeres que buscan a hurtadillas el afecto de un varón que pueda paliar su soledad y angustia interior, otras optan por una actitud que no las menoscabe como personas, aún cuando no sea una propuesta de auto afirmación sino de evasión y de protección de su autoestima: "Cuando me molestan porque no me caso, yo les respondo: -Mira, tengo mi vestido de novia, ya tengo el padrino, me falta el novio, nada más. Incluso me dicen: Yo te he visto abrazada a tu novio (en realidad no me ha visto), yo le digo: -Si pues, la gente dice, pero no me había enterado. ¿Por que no me presentas a mi novio? No lo conozco. Y así les llevo la corriente PARA NO SENTIRME MAL PERO EN EL FONDO ME SIENTO MAL, no les hago ver eso. A veces me molesta, me fastidia tomándolo en broma, un poco que no me siento tan mal y un poco que ellos ya no me molestan. En cambio, si yo digo "Si pues... ¿No? me sentiría muy mal. Haciendo estas bromas, les hago callar.

Aunque la máscara le permita establecer una distancia con respecto a la norma social que se le quiere imponer y al malestar que le produce el señalamiento de su soltería, de su poca femineidad, la entrevistada siente que carece de algo. La broma le ayuda a eludir el malestar temporalmente, pero no resuelve el desencuentro consigo misma.

Conclusión:
Desmitificar los
Códigos que rigen nuestras vidas.

En conclusión, el estereotipo de la mujer soltera es una convención: la mujer soltera o sin pareja es poco femenina, media rara. machona y renegada: por otro lado, es considerada débil, incompleta, sin representatividad ni respaldo. Por eso, está en "vitrina", "vacante", en busca de algo, tratando de arrimarse a cualquier hombre, como "una loba".

Esta es una imagen ambivalente que la presenta a la vez como un ser asexual, débil, y también predispuesta a una relación erótica irrefrenable que compense su debilidad. Frente a esta imagen denigrante la mujer busca emparejarse a una edad

“adecuada”, de preferencia no debe ser “madura” ni “avanzadita”, pues nadie va a creer su estado de doncelléz.

La familia, los amigos, los vecinos, los compañeros siempre le recuerdan su estado incompleto, de mujer sin pareja, aunque estudie y trabaje. Ello es suficiente: el aparejamiento y la posterior maternidad son el estado ideal de femineidad, ser cariñosa y protegida: ser la esposa.

Las mujeres solteras (o sin pareja) que han superado subjetivamente este patrón o regla social, se encuentran entre quienes tienen una alta estima y que han podido obtener logros sociales y económicos. No buscan imitar a otras mujeres, hacen su propio camino, no tienen hombre, ni hijos que demostrar pero sí logros, el desarrollo de su individualidad.

En otros casos, a pesar de haber tenido éxitos considerables, cuando se valoran conforme al prototipo convencional sufren y se lamentan de su estado de incompletez. Luego, se someten con docilidad al varón que les ofrece la sensación de seguridad y de afecto efímero. Mecanismos que la hundan más en la dependencia y en la soledad. A otras, la máscara, la risa, les permite ocultar sus sentimientos de precariedad, pero siguen a la convención social.

Es necesario desmitificar los códigos que rigen nuestra vidas, la codificación de nuestra mentalidad y sentimientos; hurgar nuestro mundo íntimo y próximo y comprender la diferencia de nuestras vivencias, captar la complejidad y lo que es posible. “Esto sólo es posible cuando se está en condiciones y decidida a dar un tratamiento altamente personal a las propias vivencias resuelto a la acción en busca de afirmación en el campo social.”²⁴

¿Por qué esa minusvaloración de nuestras personas, esa falta de seguridad de nosotras mismas? No lograremos ser mujeres plenas, ni desarrollar nuestras potencialidades contra el medio opresor y limitante, ni podremos ser individuos completos mientras que no aceptemos el amor como plenitud de encuentro con el otro, y no como un refugio desesperado en el que dejamos nuestro ser para disfrutar la frágil sensación de ser poseída y la ilusión de ser importante para otro y no para

²⁴ Luhmann, Niklas: *El amor como pasión. La codificación de la intimidad*. Ediciones Península, Barcelona, 1985, pág. 17.

nosotras mismas. Es preciso entender que valemos por nosotras mismas y no por los demás. El amor empieza por amarse a una misma.